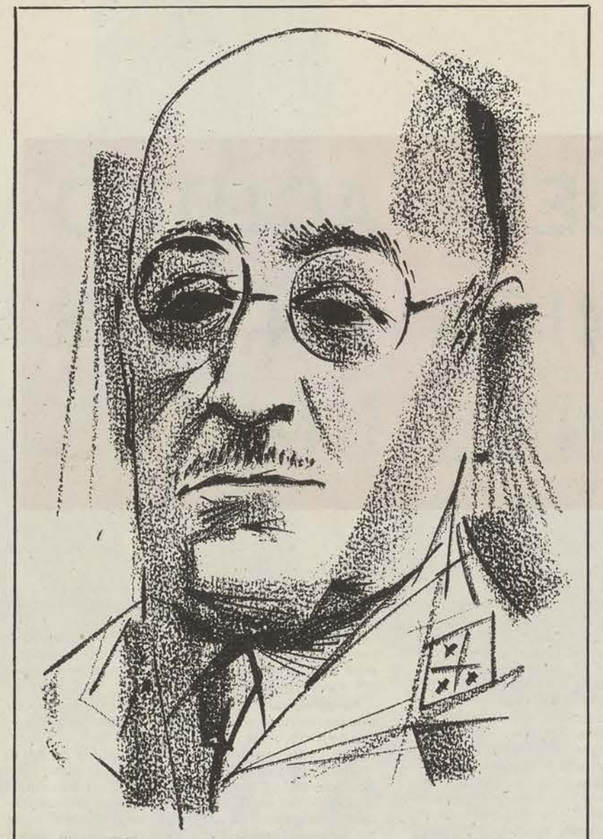
LA EPOPEYA DEL ALCAZAR



El día 12 de abril de 1956 se ha cerrado una de las vidas más extraordinarias de la historia de la España contemporánea. El excelentísimo señor don José Moscardó Ituarte, teniente general del Ejército, el héroe de la gloriosa epopeya del Alcázar de Toledo, ha muerto repentinamente en Madrid. Toda la prensa de España y del mundo ha recogido la noticia y ha glosado la vida del heroico militar. De él ha escrito José Luis de Arrese, ministro secretario general del Movimiento, en cuartillas que han sido pródigamente reproducidas: «La muerte del glorioso general Moscardó nos devuelve de un solo golpe el aire limpio, hermoso y heroico del tiempo de nuestra guerra. Cuando nuestra Cruzada sea un recuerdo tan lejano como el de las contiendas púnicas, los nombres del Alcázar de Toledo y de su defensor seguirán sonando en el mundo como los de Numancia y Sagunto. En el triste ambiente mundial de 1936, el Alcázar de Toledo fué como una prodigiosa revelación, no sólo del alma española, no sólo de la capacidad de resistencia y de fe de los españoles, sino también de que aun quedaban resortes de heroísmo en una humanidad entregada a la cobardía colectiva, al puro vivir, al menosprecio de todas las virtudes y a la alabanza lánguida de toda concesión.»

Después de serle concedida la Palma de Plata, y con honores de capitán general con mando en plaza, fué trasladado el cadáver del teniente general Moscardó al Toledo de su hazaña. Cumpliendo su voluntad, ha sido enterrado en la cripta del Alcázar, donde reposan los restos mortales de cuantos a sus órdenes ofrendaron su vida por España en la defensa de la gloriosa fortaleza, escribiendo una inmortal página de gloria y sacrificio de difícil paralelismo.

Había nacido el teniente general Moscardó en Madrid el 26 de octubre de 1878. Vivió su infancia en la capital de España, cursando hasta la segunda enseñanza en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús. Fué bachiller en 1894 y su decidida vocación militar le impulsó inmediatamente a ingresar en la Academia de Infantería. Fué voluntario, con el grado de segundo teniente, para formar parte del batallón expedicionario que iba a Filipinas. Intervino después en varias operaciones de Africa. En 1913 formó parte de la brigada de cazadores mandada por el general Primo de Rivera y participó en la ocupación de Tetuán. Fué coronel en 1929 por elección; pero la República, en 1931, anuló dicho ascenso. Ascendió a coronel en 1932 y obtuvo el mando de la Escuela Central de Gimnasia de Toledo. Siendo comandante militar en Toledo, en julio de 1936, proclamó el Movimiento Nacional e inició la gloriosa defensa del Alcázar, hasta el 27 de septiembre del mismo año, en que la fortaleza y sus defensores fueron liberados. Ascendido a general de brigada, fué destinado a la división de Soria. En septiembre del 37 mandó el cuerpo de ejército de Aragón. En el 38 efectuó la ruptura del frente enemigo en Aragón y llevó su cuerpo de ejército a Cataluña. Siguió su carrera de triunfos hasta que con la victoria y terminación de la guerra fué nombrado en 1939 jefe de la Casa Militar de Su Excelencia el Jefe del Estado. Ocupó después los puestos de capitán general de Cataluña y capitán general de Sevilla, donde terminó su vida militar en activo. Con esa fecha se cumplían cincuenta y un años, cuatro meses y veintisiete días de servicio activo y de patriótica dedicación a los más altos ideales españoles.

Este somero recuento de lo que ha sido, en líneas generales, la biografía del héroe, no puede sino dar noticia, urgente y provisional, de lo que la historia en el futuro escribirá con sus más brillantes caracteres.

En este monumento cargado de historia, en este Alcázar imperial, testigo de todos los fastos hispánicos a través de los siglos, donde parece que la raza ha dicho ya su última palabra sin añadido posible, quedaba aún por escribir la más gloriosa página. El Alcázar ha resistido a todos los embates del tiempo, penacho enhiesto de la patria sobre la imperial Toledo, convirtiéndose de pronto, en el mes de julio de 1936, en el centro del mundo, lo mismo que cuando hace siglos dictaba sus leyes el César para que se cumplieran por casi todos los hombres de la tierra... Por obra y gracia de unos hijos de España, de un puñado de nuevos numantinos, la humanidad entera vuelve sus ojos y los fija en Toledo, atónita, deslumbrada, temblorosa de emoción. En plena orgía de la era materialista, una vez más España levanta los espíritus y hace a los hombres meditar sobre los valores eternos e indestructibles. España, olvidada y postergada, se ha puesto en pie. Otra vez son para ella las páginas mejores de la historia del mundo. Otra vez se levanta a desfacer entuertos, a poner orden. Centinela de la civilización amenazada, cuando los bárbaros se lanzan al ataque, se dispone ella a luchar contra el monstruo y vencerlo. Y Toledo, el Alcázar, es uno de los primeros episodios de la cruzada. A partir de esta gesta ya no puede perder la batalla; ese polvo de la derrota que ha mordido el enemigo, impotente ante los muros calcinados y derruídos, secará sus fauces y le aniquilará.

En un suceso de esta grandeza y de tanta trascendencia histórica, ¿en qué términos hemos de legar a las generaciones futuras el testimonio de lo acaecido? Queremos dejar aquí consignada la epopeya gloriosa; que quede, exacto y minucioso, el texto histórico indiscutible. Pues bien, para que el rigor sea absoluto, nos remitiremos a los dos documentos fundamentales: el "Diario de operaciones" del coronel Moscardó y el famoso periódico mecanografiado que se editó con máquina multicopista durante el asedio. Ya es sabido que el reglamento prescribe que, en caso de sitio, el gobernador de la plaza sitiada llevará un "diario", en el que irá apuntando en orden cronológico todas las incidencias de cada jornada, órdenes que curse, su ejecución y resultados, así como las acciones del enemigo. Desde el primer día, pese al cúmulo de apremiantes afanes que cayeron sobre él, redactó el general Moscardó este documento histórico, que comienza el 18 de julio y termina el 28 de septiembre. Lo escribía por las noches, en esas setenta y dos noches terribles, que, si cerraban una jornada dura, abrían la incógnita de otra posiblemente peor. El coronel no tiene la menor preocupación de orden literario al escribir. Relata escuetamente los hechos, con sobriedad castrense. Horas de los ataques enemigos, número de proyectiles disparados contra el Alcázar, bombardeo de la aviación, daños que tales ofensivas producen, acciones propias, relatos de las salidas nocturnas y sus resultados, las incidencias derivadas de la captación de noticias por radio, la observación de la mina que preparan los rojos, los mensajes de los generales Franco y Mola, los asaltos repelidos... Y, sin embargo, este relato, que pudiera parecer frío, tiene la grandeza impresionante de su sencillez, y cuando, pasados los años, lo leemos ahora de un tirón, una sensación cósmica, grandiosa, envuelve nuestro ánimo y es como una descarga eléctrica sobre nuestra sensibilidad. En cuanto al periódico de los sitiados, *El Alcázar*, editado desde el 26 de julio hasta el 27 de septiembre, constituye el reflejo más galano del espíritu que reinó entre los héroes. ¿Podríamos referir nosotros por nuestra cuenta lo que ocurrió en el Alcázar mejor que sus propios moradores? Nos han legado dos documentos de primer orden, de un valor que se acrecienta con el tiempo. El sitio del Alcázar, contado por los sitiados, que no tenían esta ambición, pues el coronel escribió su "diario", cumpliendo un precepto del reglamento, para simple informe de sus jefes, y el periódico fué hecho como una necesidad vital en toda colectividad humana—y en el Alcázar habitaban cerca de dos mil personas entre defensores y refugiados—, sin otra finalidad que la de ser el vehículo de información de los sitiados mientras durase el sitio, el gran sedante que calmase la sed de noticias, angustiosa y decisiva en su dramática situación.

Comienza Moscardó su "diario" al tomar el mando de la fortaleza. Cuando escribió su primera página, era el coronel un hombre alto, fuerte, sano, con un vigor que saltaba a la vista y un aire juvenil a pesar de sus cincuenta y siete años. Y cuando escribe la página del 28 de septiembre es ya un hombre sin lozanía, delgado, pálido, visiblemente abatido por el cansancio de tantas jornadas sin reposo, un hombre que siente un derrumbe físico y al que la naturaleza le hace pagar inexorablemente el tributo de su derroche de energías. Le han matado dos hijos, uno en Toledo y en Barcelona el otro. Su esposa y su hijo menor, un niño aún, han pasado por la cárcel, y finalmente, en el más duro encierro de la prisión del manicomio toledano, donde tras angustias inenarrables salvan la vida en el último instante escondidos en el sótano por un enfermero de buen corazón. De su hogar no queda nada. Todo esto le ha dado a su patria el coronel Moscardó cuando sale del Alcázar.

¿Y los autores del periódico? No hubo un periodista profesional en el Alcázar. Los improvisados autores de este diario, único en la prensa mundial, fueron dos hombres ajenos en absoluto a tales menesteres: un funcionario llamado Amadeo Roig y un taquígrafo, Andrés Marín. Al principio se tiraban 250 ejemplares. Más tarde, ante la prolongación del asedio, quedó reducida la tarea a menos de ciento, en previsión de que se agotaran las escasas reservas de papel. Para ofrecer su información estos beneméritos periodistas honorarios trabajaron con denuedo y riesgo, y por descontado, compartieron su tarea con los menesteres de la defensa, como paisanos militarizados. Metidos en el hueco de la escalera, hurtando allí a las bombas su pequeño aparato de radio, alimentado con acumuladores de automóvil, hacían el periódico, incluso permitiéndose algunos lujos caligráficos en la presentación si "el quince y medio" no se empeñaba en imposibilitarlo. Ahora bien, en estos relatos se cuentan los hechos de cada día, pero faltan algunos matices de conjunto y detalle como complemento indispensable. En primer lugar, aludamos al suceso emocionante de la conferencia telefónica del 23 de julio. Han pasado los años. Cuando al hablar del Alcázar decimos simplemente "lo del teléfono", con este solo enunciado vemos al padre y al hijo en el diálogo, que los siglos venideros repetirán; vemos al coronel lívido de santa ira ante la maldad de los cobardes; vemos al hijo adolescente impávido ante la muerte cierta. Si no supiéramos de esta jornada más que lo que consigna el diadio de Moscardó, nos faltaría algo fundamental en la historia alcazareña, porque esto que ocurre el día 23 de julio, apenas comenzada la epopeya, es fundamental y decide en gran parte el futuro. No habrá rendición jamás por parte de este jefe, y los sitiados verán acrecentada su figura moral, su autoridad y prestigio, indispensables para mantener la unidad en una prueba tan dura y difícil, capaz de abatir los más esforzados ánimos. Como un incidente más entre los de la jornada, recoge Moscardó el episodio que le roba alevosamente la vida de su hijo. Se trata de un diario de campaña, y el coronel guarda para sí el dolor, que parte su corazón, sin llevar al documento más eco de lo ocurrido que el indispensable. He aquí las escuetas palabras del héroe: "A las 10 horas, el jefe de las Milicias llamó por teléfono al comandante militar notificándole que tenía en su poder un hijo suyo y que le mandaría fusilar si antes de diez minutos no nos rendíamos, y para que viese que era verdad, se ponía el hijo al aparato, el cual, con gran tranquilidad, dijo a su padre que no ocurría nada, cambiándose entre padre e hijo frases de despedida de gran patriotismo y fervor religioso. Al ponerse al habla el comandante militar con el jefe de las Milicias, le dijo que podía ahorrarse los diez minutos de plazo que le había dado para el fusilamiento del hijo, ya que de ninguna manera se rendiría el Alcázar." Esto es todo lo que se escribe. Y en seguida pasa a consignar el bombardeo a las veinte horas, etc.

El suceso, con el breve diálogo, que la Historia guardará

con el signo de la inmortalidad, fué así: El comandante militar se encuentra en su despacho, con varios jefes y oficiales. Se está organizando el servicio y acomodando a las mujeres y a los niños en los sótanos. A las diez suena el teléfono. Llaman desde la Diputación Provincial y preguntan por el coronel Moscardó. Se pone éste al habla:

—¿El coronel Moscardó?

—Al aparato. ¿Qué desea?

—Soy el jefe de las Milicias socialistas. Tengo la ciudad en mi poder, y si dentro de diez minutos no se ha rendido usted, mandaré fusilar a su hijo, al que he detenido, y para que vea que es así, él mismo le hablará.

El coronel oyó que, en efecto, el jefe de las Milicias dió una voz: "¡A ver, que venga Moscardó!" Y en seguida escucha al hijo. Comienza el diálogo inmortal:

—Papá, ¿cómo estás?

—Bien, hijo mío. ¿Qué te ocurre?

—Nada de particular. Que dicen que me fusilarán si el Alcázar no se rinde; pero no te preocupes por mí.

—Mira, hijo mío; si es cierto que te van a fusilar, encomienda tu alma a Dios, da un "¡Viva Cristo Rey!" y otro "¡Viva España!" y muere como un héroe y un mártir. Adiós, hijo mío; un beso muy fuerte.

—Adiós, papá; un beso muy fuerte.

A continuación se oye nuevamente la voz del jefe de Milicias preguntando:

—¿Qué contesta usted?

El coronel Moscardó pronuncia esta frase lapidaria y sublime:

—Que el Alcázar no se rinde y que sobran los diez minutos.

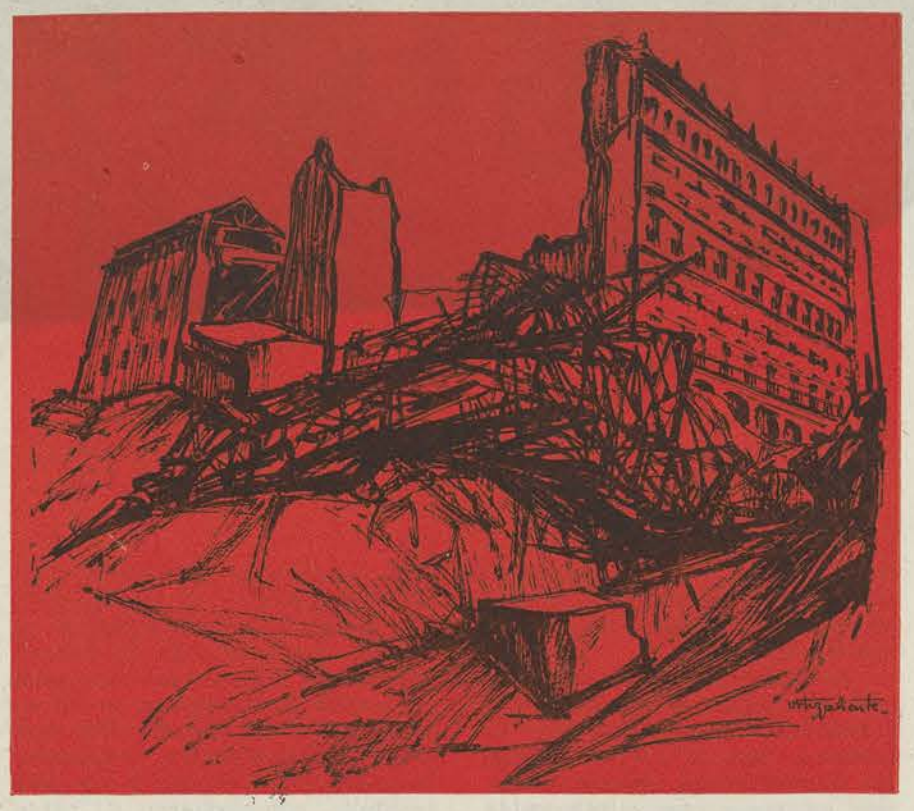
En la sala, cuando el coronel cuelga el auricular, los jefes y oficiales presentes enmudecen impresionados. Los héroes que han de asombrar al mundo por su valor indomable en las jornadas que se avecinan están sobrecogidos ante lo que acaban de oír. En silencio desfilan ante su comandante y le saludan estrechándole la mano. La noticia cunde rápidamente por todo el Alcázar. Las mujeres, que guardan en su regazo a los hijos queridos, como queriendo preservarlos del peligro con su cuerpo, se estremecen al conocer el sacrificio sublime del jefe supremo de la fortaleza. Lloran profundamente en silencio. El Alcázar en ese día se ha cargado de una energía nueva, y si siempre estuvo decidido, ahora lo está ya mucho más. La guerra será hasta la muerte, pase lo que pase.

Pese a esta aparente sencillez del "diario" de Moscardó y del periódico *El Alcázar*, las dificultades se multiplican en el largo asedio, y no se explica uno cómo pudieron superarlas quienes, al fin y al cabo, no eran más que simples mortales. Llenos de fe, todos coincidieron al salir de aquel encierro en la misma palabra: providencial. La providencia estuvo al lado de los buenos y les premió su heroísmo. Dieron los defensores todo lo que podían dar, aun más de lo que puede pedirse a los hombres, y cuando surgió el obstáculo invencible, lo que no puede otorgar el coraje; cuando llegó lo imposible, apareció en seguida la fórmula salvadora, venida providencialmente. El Alcázar se viene abajo y no los aplasta. Una bomba cae en medio del patio cuando está concurrido por más de doscientas personas y no daña a nadie. Un proyectil del 15,5 penetra en el despacho del coronel, que se encuentra deliberando con los jefes principales, estalla y destruye los enseres, pero las personas salen indemnes del accidente, que hubiera sido decisivo para la defensa.

He aquí algunos ejemplos del gran milagro alcazareño. De los dos médicos refugiados, que asisten a los heridos, el que asume la jefatura de la enfermería es un especialista de enfermedades de la piel. Jamás ha esgrimido un bisturí. "Me santigüé con él—dice el doctor Lozano—la primera vez que tuve que aplicarlo en el Alcázar." Pues este médico amputó a lo largo del asedio cinco piernas y cuatro brazos e hizo innumerables esquiletomías, corrección y vendajes en fracturas de todas clases, y todo le salió bien. Los operados declaran que no sintieron dolor y que el improvisado cirujano tenía manos privilegiadas.

Como nadie podía prever una estancia tan larga cuando se refugiaron en la fortaleza, y además todos acudieron de prisa, era casi general el caso de haber llegado con lo puesto. Y como fué necesario reservar el agua—a razón de un litro diario por persona—para beber, era imposible mudarse, y tampoco se podía pensar en lavar la ropa única. Se aconsejó tan sólo que se extremaran para todo las medidas higiénicas que no requieren el concurso del agua. Pues bien, hacinados en los sótanos, sin lavarse, en el rigor de las altas temperaturas de julio, agosto y septiembre, no se declaró ninguna epidemia, y aun más, no hubo defunciones por enfermedad, pues las dos que se registraron eran naturales: dos ancianas de más de setenta años.

Entre las infinitas salidas que hicieron por las noches, y en las que encontraron no sólo más de mil sacos de harina, sino infinidad de viandas, que sirvieron para atender a los heridos y enfermos, lograron en los últimos tiempos un verdadero hallazgo. Fué, exactamente, el día 21 de septiembre. Los molestaba ya la ropa renegrida, polvorienta, incluso pestilente. Y de pronto aparecieron en el Alcázar muchos defensores vestidos de tal guisa, que aquello semejaba un alegre baile de carnaval: habían encontrado un almacén de disfraces y se llevaron las existencias para sentir el alivio al menos de una ropa limpia y fresca.



Al principio sólo se establecieron las mujeres con los niños en los sótanos. Los demás se instalaron en los pisos altos. Pero los proyectiles, cayendo sin cesar, fueron derribando muros y haciendo imposible la vida en las alturas. Todos tuvieron que vivir en los sótanos. "Y allí—dice un cronista—, con la exudación de los cuerpos, sobre los que las ropas se pudrían; con los olores más heterogéneos y desagradables; con el hedor de todos los productos fecales, que se guardaban en latas hasta que la intermitencia del cañoneo o la tranquilidad de la madrugada permitiesen echarlos en el patio; con la miseria parasitaria, que discurría descaradamente por ropas, carnes y pelambres, se hacía toda la vida sin poder divisar el cielo, a menos de exponerse a una muerte segura. En tal hacinamiento no hubo muebles. Los que la artillería iba destrozando se empleaban como combustible en la cocina. Todo el menaje se redujo a algunas colchonetas de paja, crin o trapos, en las que cuatro o cinco apoyaban la cabeza, descansando el cuerpo sobre el pavimento. Como los rojos cortaron en seguida el agua y la luz, aunque del precioso líquido hubo provisión bastante en el pozo, la cuestión del alumbrado fué más difícil de resolver; con botes se hicieron rudimentarios candiles, en los que ardían velas de sebo de los caballos, que se sacrificaban para el consumo, y la mecha era una cinta de alpargata o las que llevan los paquetes de cartuchos.

Un militar retirado, el señor Sanz de Diego, enterró a todos los muertos del Alcázar. Casi siempre lo hacía solo, y algunas veces, cuando casi no veía—porque padecía una grave afección a los ojos—, con un ayudante. Al principio se hicieron los enterramientos en la explanada del gimnasio; luego, en el Picadero, al que se llegaba por el Paso Curvo y la Sección de Tropa, zonas batidas por los milicianos. El día 20 de septiembre, incendiado el Picadero e imposibilitados los alcazareños para salir de los restos del recinto, se hicieron los enterramientos en la piscina.

Puede decirse que el ataque rojo arreció en furia paulatinamente. Cada día apuntaron más fusiles; cada día se emplearon más ametralladoras y más morteros frente a la fortaleza; los cañones eran veinte, nueve de 15,5, siete de 10,5 y cuatro de 7,5. Estos cañones dispararon en total más de 10.000 proyectiles. Arrojáronse contra el Alcázar, además, millares de granadas de mano; y ante la impotencia, cuando derruídos los torreones, acribillados los muros, deshechas puertas y ventanas, rechazados los asaltos, decidieros los rojos colocar sus famosas minas, de las que nos informan el diario de Moscardó y el periódico alcazareño, la explosión fué algo tremendo. Desplomáronse los gruesos muros, estremecióse la ciudad entera, saltaron todos los cristales en varios kilómetros a la redonda: el Alcázar apareció a la vista de sus sitiadores como un informe montón de escombros. Fué tal la violencia, que a un camión parado en la calle lo lanzó al aire la conmoción y cayó en el patio de una casa. En cuanto al interior de la fortaleza, cubrióse de humo y polvo y estuvieron lloviendo piedras durante un minuto y medio. Nadie se movió. Algunos quedaron sepultados bajo los escombros. Los demás siguieron impertérritos tras sus correspondientes parapetos. Y cuando los rojos, ante aquel silencio, que parecía de una inmensa tumba, se lanzaron al asalto, una descarga cerrada los recibió y fué barriendo sucesivamente las oleadas de asaltantes que el mundo lanzaba sin descanso. Hasta que la milicianada se echó definitivamente para atrás, dejando sembrado el campo de cadáveres.

Tales son los hechos, entre los centenares de anécdotas más que amplían y dan color a las

notas del "Diario de operaciones" y a la edición del periódico *El Alcázar*. Así fué el sitio glorioso, la epopeya toledana, vista desde dentro. Pero queda por describir, siquiera sea someramente, la acción vista desde el exterior, es decir, desde el lado de los rojos. El Gobierno de Madrid tuvo un empeño especial en ganar la batalla del Alcázar. A sólo setenta kilómetros de Madrid, la capital volcó materialmente sobre Toledo todos sus mejores elementos de guerra. Tropas especializadas, sobre todo de Asalto; milicianos aguerridos, caracterizados por su fanatismo sindical; ex presidiarios... Armas en abundancia, artillería de primer orden. Y, finalmente, los mineros asturianos, especializados en voladuras con dinamita. Prieto amenazaba: "Cuanto más dure la resistencia, más se enardecerán las Milicias y más difícil será evitar la cólera del pueblo."

El 10 de agosto, el periodista francés Rieu Vernet visitaba las trincheras ante el Alcázar y enviaba su crónica a *La Dépêche*: "Reducidos a un mínimo de racionamiento, puede decirse que los sitiados se alimentan de esperanza. Para mantenerlos, se les distribuye todos los días *El Alcázar*, periódico redactado por los oficiales y tirado en ciclostilo." El 18 de agosto, Margarita Nelken arenga a las milicias toledanas, diciéndoles que pueden derribar el monumento, pues después de la victoria "nuestros camaradas construirán otro más bello: el de la civilización". El corresponsal de *Paris-Soir*, Luis Delaprés, visita Toledo, y sus impresiones son muy optimistas: "Acabamos de no saber si somos sitiadores o sitiados. Hace exactamente treinta y cuatro días que gubernamentales e insurgentes se observan de esta manera: con el ojo en el punto de mira del fusil o de la ametralladora, disparando desde la mañana hasta la noche. Desde todas las ventanas del Alcázar, las ametralladoras crepitan con un ruido infernal, enloquecedor." El 29 de agosto, la Agencia Havas telegrafía la declaración de Vega, gobernador rojo de Toledo: "Las fuerzas que sitian el Alcázar están decididas a acabar con este hogar de la rebelión."

Septiembre comienza con una noticia sensacional. El día 5, en *Excelsior*, de París, puede leerse: "Se anuncia oficialmente que después de un ataque de granada en mano, las milicias han conseguido penetrar en el Alcázar y que muchos de los sitiados se han rendido. El edificio de la Academia está ardiendo." El mismo periódico, dos días después: "El Gobierno ha decidido volar el Alcázar con dinamita, para lo cual se ha comenzado a minarlo. Una lluvia de obuses cae día y noche sobre las murallas en ruinas. El edificio del Gobierno Militar ha sido volado y sus ruinas están ardiendo, lo mismo que otras construcciones que rodean el Alcázar. Los muros de éste parecen cribas." Al día siguiente: "En las galerías excavadas hay tres mil kilogramos de trilita." Se da cuenta de la desaparición de las torres, y la Agencia Havas informa: "El comunicado del Ministerio de la Guerra añade que, desaparecido el peligro que significaban los puestos colocados en dichas torres, la resistencia de los sitiados será vencida muy en breve. Así se informaba al mundo.

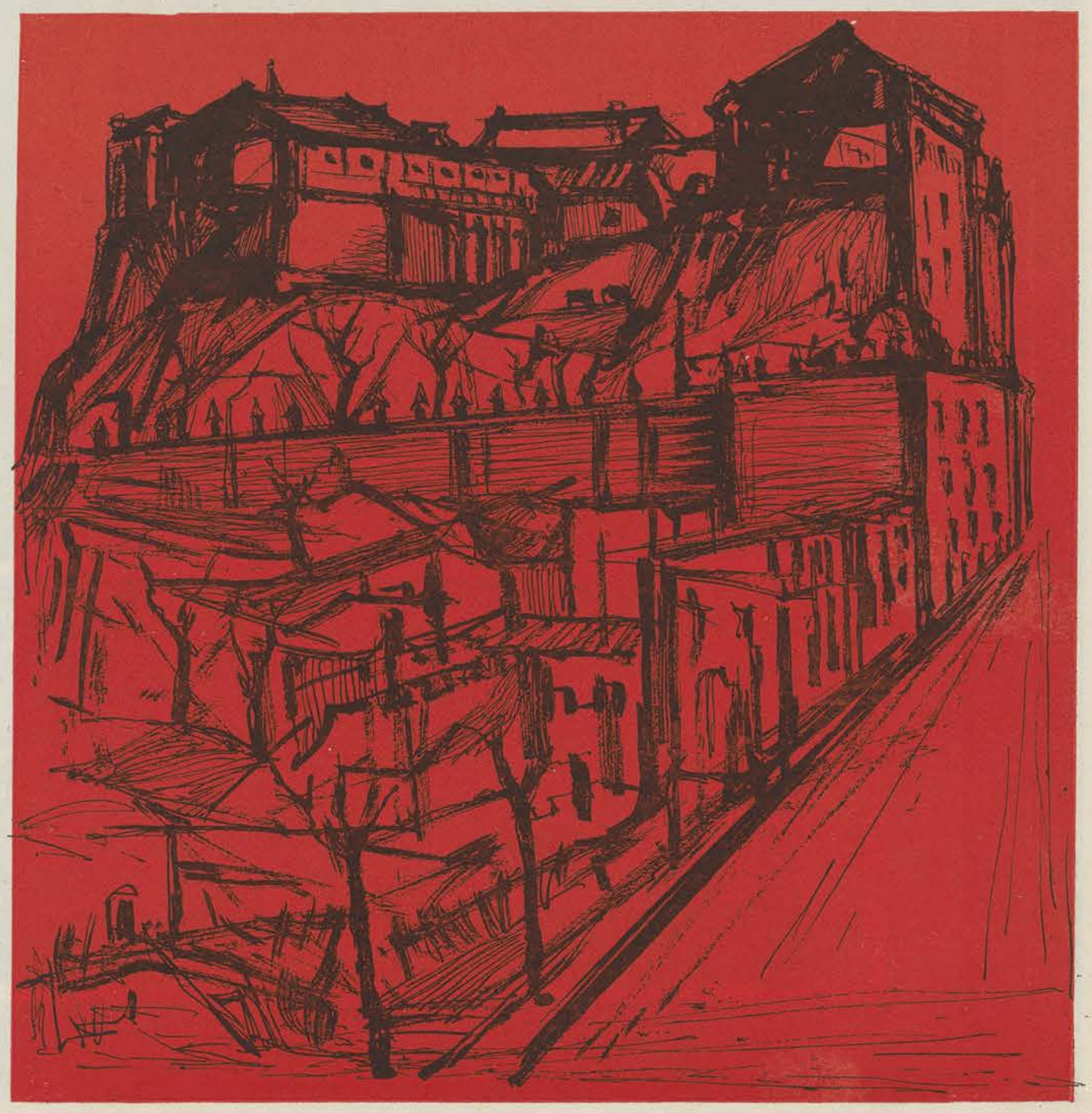
Pero en Madrid, entretanto, cunde la decepción entre las masas, y para calmarlas, el *Mundo Obrero* dice que "grandes llamas salen del Alcázar, sobre el cual la artillería dispara sin descanso, a favor de la iluminación de potentes reflectores instalados. Los rebeldes han abandonado el Alcázar, refugiándose en el edificio llamado Capuchinos". El 12 de septiembre, el teniente coronel Luis Barceló, jefe de las fuerzas sitiadoras, entrega una nota al enviado especial de la Agencia Havas, en la que después de registrar la negativa de los sitiados a rendirse tras la gestión del señor Vázquez Camarasa, dice: "Dentro de poco el problema quedará resuelto, gracias a los medios de que dispone el Gobierno."

"Ni un día más—anuncia Largo Caballero—. Hay que acabar inmediatamente y como sea. Se dispone de medios más que suficientes para lograrlo." Todo esto escribe *Claridad*, el órgano del flamante presidente. El 16 de septiembre, *The Daily Telegraph* anuncia ya que "la mina ha llegado a la parte central del edificio y puede estallar a cualquier hora".

El 18 de septiembre estalla la mina. Se lanza al mundo la noticia del final de los defensores, con toda suerte de detalles. Y todos los periódicos del orbe dedican comentario al suceso. *The Manchester Guardian* escribe: "Con la voladura del Alcázar, los leales han obtenido su gran triunfo moral y material de esta guerra. Este hecho no solamente los libra de una amenaza a las comunicaciones de Madrid con la costa oriental, sino que les da una base segura para organizar la resistencia contra el peligroso avance del coronel Yagüe." El *The Daily Mail* puede leerse: "Este noble edificio, noblemente defendido, sucumbe al fin. Las ruinas del Alcázar no serán vanas. La memoria de las mujeres, de los niños y de los cadetes que murieron heroicamente vigorizará a los patriotas en su tarea purificadora y los llevará a más grandes fines." De tal manera han extendido la noticia los rojos, que hasta el propio Charles Maurras, en *L'Action Française*, escribe un responso memorable a los caídos.

Pero no hay más remedio que rectificar. La verdad se impone inevitablemente para los rojos. El corresponsal del órgano comunista de París, *L'Humanité*, un tal J. Berlioz, se enfada mucho porque no han muerto los sitiados "contra todas las previsiones y anuncios". Y luego: "Hora es ya de acabar. Demasiados combatientes están inmovilizados en la medieval Toledo, mientras el frente los reclama. Considerables esfuerzos han sido desviados por esa causa de su principal objetivo. La tragedia del Alcázar se acerca a su desenlace. Muertos a montones. Ruinas." Este bolchevique parece que se regodea con la idea de que mueran todos los defensores. Y después de su primera "plancha", hace de nuevo pronósticos. Se va a equivocar otra vez.

Ya las agencias reconocen que el tremendo asalto que siguió a la explosión ha sido rechazado. Hablan de que los cañones disparan sin cesar, de que se arroja gasolina con mangas y se insiste en el asalto. *L'Humanité* describe la situación el 21 de septiembre: "La atmósfera estaba hasta tal pun-



to cargada de humo y de polvo, que el aire se hizo irrespirable, por lo que la situación debe ser insostenible en los subterráneos, donde se encuentran retenidos los quinientos inocentes niños, mujeres y ancianos."

El asalto definitivo es el 23 de septiembre, que se cuenta detalladamente y se publica en casi todos los periódicos del mundo; tal es la minuciosidad que ponen los rojos en la información que dan a los corresponsales. La Agencia Fabra telegrafía: "Al amanecer, cuatrocientos hombres escogidos se lanzaron al asalto, reduciendo a la impotencia a los rebeldes, que se habían atrincherado en las cocinas y en el refectorio. Las fuerzas leales son dueñas de los restos de la fortaleza. El presidente del Consejo, Largo Caballero, se trasladó inmediatamente a Toledo y felicitó a las tropas gubernamentales." Y periódicos como *Daily Herald, News Chronicle, Le Populaire,* aseguran por segunda vez la conquista: "En el curso de la mañana, los sitiados tuvieron que abandonar todas las posiciones que ocupaban fuera del Alcázar, refugiándose en los subterráneos y abandonando las cuadras, los graneros y una gran galería, donde enterraban sus muertos. En los graneros se encontraba almacenada gran cantidad de trigo, que puede evaluarse en doscientas toneladas. Los sitiadores procedieron inmediatamente a trasladarlo. También se han apoderado de un local en el que los sitiados tenían un gran número de neumáticos y cubiertas para automóviles de turismo y camiones. En poder de los leales han quedado una cisterna y un pozo, utilizados para el servicio de los establos."

Por segunda vez se ha engañado al mundo. ¿Qué hacer ahora? El Gobierno rojo, para tapar la actualidad del Alcázar, lanza la fabulosa noticia de que han soltado las presas del Alberche y que diez millones de metros cúbicos de agua se lanzan sobre las tropas de Yagüe. "Si esta impresión se confirma, la situación de la columna insurgente que avanza en dirección a Toledo remontando el valle del Tajo, se vería seriamente comprometida" (*The Manchester Guardian* del 24 de septiembre). "Cuando las compuertas del pantano se abrieron, una gran corriente de agua se precipitó por el valle abajo, arrastrándolo todo consigo, incluso las tropas, sus baterías y los depósitos de municiones. Los que estaban cerca de Torrijos fueron atacados simultáneamente por tres lados, siéndoles imposible la retirada por la impetuosa corriente. Las noticias llegadas a Madrid dicen que los rebeldes luchan desesperadamente, pero que se encuentran en una situación sin salida" (*The Daily Mail* del 26 de septiembre).

A pesar de esta supuesta inundación, en la que se han ahogado todos los que acudían a liberar a los sitiados en el Alcázar, algunos corresponsales acuden a Toledo para enterarse de lo que ocurre, pues empiezan a sospechar que no existe tal rendición. El de la Agencia Reuter lo confirma, pero no pierde las esperanzas: "Ahora ya no puede ser más que una cuestión de días. El cálculo medio de los sitiadores es que no pasarán de tres" (*The Moning Post,* 25 de septiembre del año 1936).

Como no las tiene todas consigo—y ya es para dudar, después de tanto infundio—, *The Daily Telegraph* dedica al Alcázar su editorial el 24 de septiembre, en el que se comenta la gesta, lo mismo si han sucumbido que si aun alientan: "La historia de España—dice el periódico inglés—está llena de casos de defensa desesperada contra los asedios. Lo mismo los generales de Roma que los mariscales de Napoleón descubrieron que los españoles son sobrehumanos en la resistencia tras los muros de un fuerte... A la guarnición que defiende el Alcázar hay que concederle el honor de un heroísmo tan grande como el de los defensores de Numancia y de Zaragoza. Reducidos a un puñado de hombres, tiene con ellos muchas mujeres y niños; están mal provistos de municiones; los alimentos les faltan, y sin embargo, desde hace más de nueve semanas han defendido la fortaleza medieval contra un ataque con armamento moderno. Cualquiera que sea el resultado definitivo, han ganado una fama inmortal."

Ultima jornada. El 27 de septiembre, las tropas nacionales están próximas a la capital. Lanzan los rojos, a las seis de la mañana, su último y formidable esfuerzo, siendo nuevamente rechazados.

A la una y media de la tarde, a las puertas de la ciudad, las primeras tropas liberadoras. Son Regulares del Mizzián y legionarios de la 5.ª Bandera. La gran barahunda de la milicianada, que ha corrido kilómetros y kilómetros, se parapeta ahora en algunos grandes edificios y se apresta a la defensa con tesón, quizá contagiada con el ejemplo del Alcázar y con la esperanza de imitar la gesta. Cuestión de unas horas. Las fuerzas asaltantes se lanzan sobre ellos entre una lluvia de balas; asaltan los edificios y dominan poco a poco toda la ciudad. Ya muere la tarde. Los defensores del Alcázar no se mueven del parapeto y ven con inenarrable alegría la llegada de los salvadores. El primero que avanza por entre los escombros es el teniente La Huerta, al mando de una sección de Regulares de Tetuán. De la fortaleza sale una voz:

—¿Quién vive?

—¡Fuerzas de España! ¡Regulares de Tetuán!

Sale de entre los escombros un grupo de defensores, con sus fusiles, encañonando a los que llegan. El teniente La Huerta se da a conocer. Y cuando ya no queda duda—hay que temer hasta el último momento una añagaza de los rojos—, el capitán de la Guardia Civil Rodríguez Valero, que manda el grupo, se abraza al oficial liberador, y exclama como un poseso:

—¡Viva España! ¡Viva España!

Apenas se han desarrollado estas escenas, aparecen las fuerzas del Tercio escalando las ruinas, con el capitán Teide al frente.

La llegada de las tropas al interior del recinto es impresionante. Los sitiados vociferan; lloran de alegría las mujeres; los hombres abrazan a sus hermanos de armas. Por todas partes se repite miles y miles de veces el grito sagrado "¡Viva España! ¡Viva España!" Y los recién llegados reparten sus viandas, que devoran con ansia los hambrientos. Reparten tabaco. Y, sobre todo, preguntan. Escuchan asombrados las explicaciones que les dan y contemplan con inmensa tristeza las ruinas del glorioso Alcázar toledano. Todo es alegría en la fortaleza, pero la batalla sigue y los puestos de observación siguen en su sitio, decididos a rechazar cualquier sorpresa. Se recoge la población alcazareña para descansar su última noche; pero nadie duerme. Es demasiado fuerte la emoción para que se pueda conciliar el sueño. En el Alcázar descansan también esta noche los primeros liberadores de la ciudad.

Al amanecer el día 28, se abre por primera vez la puerta de Capuchinos y penetra la luz en el sótano. Salen las fuerzas de Regulares y Tercio. Aun resisten en la ciudad algunos núcleos, y se ha empeñado dura batalla. En la primera salida caen algunos defensores del Alcázar. Luego se gana rápidamente la batalla decisiva. Toledo es de España. Llega el general Varela, y el coronel Moscardó le da la novedad con la frase histórica:

—Sin novedad en el Alcázar, mi general.

La gesta ha terminado; el "Diario de operaciones" del coronel Moscardó se cierra. Y va a llegar el general Franco. Le reciben sobrecogidos de emoción todos los alcazareños. El general recorre las ruinas del palacio donde se forjó su espíritu militar. En presencia de todos, prende la Cruz de San Fernando en el pecho del coronel. Luego se dirige a los defensores y les dice:

—¡Yo os saludo, héroes gloriosos de España! Lo que habéis hecho no lo olvidará la patria. Tenéis un puesto entre nuestros héroes antiguos. Habéis dado un glorioso ejemplo a la nueva España, que se levantará de entre las ruinas y cenizas del Alcázar. ¡Arriba España!

Fuera, a lo lejos, se oye el fragor de la batalla. Cuando sale Franco, dice:

—¡La liberación del Alcázar es lo que más he ambicionado en toda mi vida. Ahora, la guerra está ganada.

(De *Historia de la Cruzada.*)